

El Episcopado argentino y el sindicalismo en tiempos de crisis económica y retorno democrático, 1983-1989

Mariano Fabris

“En la [misa] del domingo a la noche, al llegar el momento de las ofrendas, la señora encargada de llevarlas comenzó a caminar, pero se dio vuelta y entregó una a Ubaldini y otra al ministro Casella, el pan y el vino. Ambos se encontraron con las ofrendas en las manos y se encaminaron a entregarlas a los Obispos que presidían”.¹

El objetivo de esta ponencia es analizar las intervenciones de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA) frente a los conflictos entre los sindicatos y el gobierno entre el final de la dictadura y la crisis hiperinflacionaria de 1989.

La grave situación económica atravesada por la Argentina a la salida de la dictadura constituyó uno de los principales desafíos que debió enfrentar el gobierno de Raúl Alfonsín. El fracaso del primer equipo económico, a cuyo frente se encontraba el ministro Bernardo Grispum, y su reemplazo, inauguraron una nueva etapa que el presidente caracterizó en abril de 1985 como de “economía de guerra”. Sin dudas el Plan Austral (junio 1985), ideado por el segundo Ministro de Economía, Juan Sourrille, fue inicialmente apropiado para reducir el deterioro salarial mientras frenó la inflación. Dos años después, era claro que resultaba ineficaz para controlar el alza sostenida de precios. Un nuevo programa económico, el Plan Primavera, fue aún menos exitoso. La avanzada hacia una situación hiperinflacionaria significó el final del gobierno y perduró en la memoria colectiva como el desenlace de la economía *alfonsinista*.

Al menos hasta 1988, cuando Carlos Menem resultó electo precandidato a la presidencia de la Nación por el PJ, la oposición más dura a los diferentes ensayos económicos del gobierno provino de la CGT, que asumió ese rol desde que el gobierno envió al Congreso un proyecto de reforma sindical a principios de 1984. Son memorables el plan de lucha sindical y los 13 paros generales que convocó la central obrera, de signo peronista, entre 1984 y 1989. En cada uno de los reclamos se invocaba el constante

¹ Luzzi, Jacinto, “Semana Social en Mar del Plata” en *CIAS*, Revista del Centro de Investigaciones y Acción Social, N° 335, agosto de 1984, pp. 57- 64.

deterioro salarial -que era una realidad- aunque ocultaba poco el sentido político de las medidas de fuerza.

La Iglesia católica no permaneció ajena a la crisis económica y social que vivía el país ni a los conflictos que enfrentaban al gobierno con la central obrera. Por el contrario, ocupó un rol activo como mediadora. Sostenemos que la CEA buscó consolidar una posición de preeminencia en la configuración política intermediando entre los actores en pugna. Asimismo, entendemos que la legitimación de la CEA en ese rol fue puesta en peligro por los acercamientos a alguno de los actores -que negaba su declarada prescindencia política- y por la asunción de una actitud de oposición al gobierno en momentos en que se presumió que sus acciones estaban dirigidas a reducir la presencia social y política de la Iglesia. Finalmente, se considera que los acercamientos a los sindicatos no derivaron en una alianza corporativa como temían algunos analistas contemporáneos.²

Se han identificado tres etapas en un marco de continuidad. La primera abarca el período 1983-1985 e incluye el llamado “servicio de reconciliación” que la CEA inició a través del Equipo de Pastoral Social (EPS), presidido por monseñor Laguna, durante el año 1983 y la intervención de los obispos en los conflictos producidos alrededor de la normalización sindical luego del retorno democrático. La segunda etapa se extiende entre 1985 y 1987 y está enmarcada en la puesta en práctica del Plan Austral en junio de 1985 y su paulatino fracaso. Durante estos dos años, la labor del EPS estuvo dirigida por Ítalo Di Stefano quien desde 1984 y a fuerza de mensajes y homilias sumamente críticos se convirtió en un opositor al gobierno. Finalmente, la última etapa, que coincide con el retorno de Justo Laguna a la presidencia del EPS, se inició con expectativas favorables a la recuperación de una posición de intermediación de los obispos que quedó trunca en el contexto de la acelerada crisis económica que caracterizó el desenlace del gobierno de Raúl Alfonsín.

Línea de investigación donde se inserta la preocupación por los actores eclesiales, gubernamentales y sindicales

² Las dos principales investigaciones que se preocuparon por esta posibilidad fueron la de Ana María Ezcurra y la de Arturo Fernández: Ezcurra Ezcurra, Ana María, *Iglesia y transición democrática. Ofensiva del neoconservadurismo católico en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur, 1988 y Fernández, Arturo, *Sindicalismo e Iglesia (1976-1987)*. Buenos Aires, CEAL, 1990.

Esta ponencia presenta de manera sintética los problemas abordados en uno de los capítulos de nuestra tesis doctoral.³ A través de esa investigación buscamos comprender de qué forma la CEA se insertó en el contexto político post Malvinas y, particularmente, de qué manera representó su accionar político en el pasado inmediato, cómo intervino en algunas de las principales cuestiones sociales que, según entendía la Iglesia, estaban bajo su órbita y qué espacios de intermediación ocupó en la configuración política cambiante de los años 80'.

Abordar estos problemas, implicó adentrarse en un terreno prácticamente inexplorado. Las pocas investigaciones disponibles hasta el momento, tendieron a resaltar los aspectos más polémicos de las relaciones entre la Iglesia y el gobierno de Alfonsín. Se observó el pensamiento dominante en el Episcopado para evaluar en qué medida era útil a la consolidación de la democracia y se analizaron someramente algunas de las cuestiones más polémicas, como el debate sobre las reformas en la legislación matrimonial o las disputas en torno a la democratización de la cultura.⁴ Por nuestra parte, entendimos que otras cuestiones merecían ser analizadas para lograr un conocimiento más profundo de este proceso. En primer lugar se hacía necesario desmitificar la oposición gobierno-Iglesia y comenzar a observar las tensiones generadas entre ambos actores y sus relaciones en un marco de competencia pero también de acuerdos. En segundo término, fue imprescindible desplegar un análisis profundo no sólo del pensamiento dominante en el Episcopado sino también de la forma en que éste articuló la participación católica en los debates más importantes del periodo.

Abordar a este actor colectivo nos condujo a preguntarnos por cómo vislumbraban los obispos la presencia de la Iglesia en la sociedad y en qué ámbitos se manifestaba esa presencia. Estos problemas los abordamos a partir de un conjunto de cuestiones que desnudaron los entramados de relaciones que vinculaban a la CEA con los demás actores de poder. No sorprendió demasiado que el ámbito educativo y el familiar hayan sido los más disputados. El hogar y la escuela siempre fueron entendidos como los principales medios para garantizar la irradiación del mensaje católico en la sociedad. De

³ Fabris, Mariano, *La Conferencia Episcopal Argentina en tiempos del retorno democrático, 1983-1989. La participación política del actor eclesiástico*. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2011.

⁴ Ezcurra, Ana María, *Iglesia y transición democrática. Ofensiva del neoconservadurismo católico en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur, 1988; Esquivel, Juan Cruz, *Detrás de los muros. La Iglesia católica en tiempos de Alfonsín y Menem (1983 - 1999)*. Buenos Aires, UNQUI, 2004; Ghio, José María, *La iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.

todas formas, durante la presidencia de Raúl Alfonsín, las disputas en estos ámbitos se reactualizaron a partir del debate sobre el divorcio vincular y de la convocatoria a un Congreso Pedagógico. Asimismo, la idea de modernización que el gobierno buscaba imprimir en la cultura a través de un discurso y de un conjunto de medidas garantistas de la libertad de expresión, despertaron una fuerte reacción entre los católicos más tradicionales. Para la mayoría de los obispos lo que estaba en juego eran los valores trascendentes de la Nación y, en primer lugar, su sustrato católico.

El particular contexto político del país determinó la emergencia de nuevas preocupaciones. La Iglesia participó directa o indirectamente en los debates sobre el pasado reciente que pretendieron definir cómo la sociedad procesaba los traumas heredados y en particular qué hacer con la larga lista de violaciones a los derechos humanos perpetrados por la dictadura militar.

Finalmente, el Episcopado intervino también en las relaciones entre el gobierno y los sindicatos, de las que se constituyó en intermediario y encontró en ese nuevo rol un espacio de acomodamiento institucional en la nueva configuración política, apadrinando el diálogo y la reconciliación entre actores en pugna. Sobre este último aspecto tratan las páginas que siguen.

La Iglesia como artífice de la reconciliación social, 1983-1985

Los trabajos que se preocuparon por comprender el rol político que la Iglesia y el sindicalismo tuvieron desde finales de los setenta plantearon que en el año 1979 se produjo un cambio en las relaciones establecidas. En ese año la CEA respaldó al sindicalismo en momentos en que el gobierno militar intentó recortar a través de disposiciones legales –que se sumaban a la ya extendida política represiva- el protagonismo que los sindicatos habían disfrutado en la configuración política argentina desde los años peronistas.⁵

Si este respaldo otorgado ante la embestida del gobierno militar constituyó un hito fundamental en la vinculación entre obispos y sindicalistas, una de las experiencias más

⁵ Son coincidentes en esta interpretación: Ezcurra, Ana María, *Iglesia y transición democrática...*, op. cit., p. 130; Fernández, Arturo, *Sindicalismo e Iglesia (1976-1987)*..., op. cit., p. 42 y Ghio, José María, *La iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2007, p. 214.

relevantes en esa dirección, surgió en el Centro de Investigaciones y Acción Social, orientado por la Compañía de Jesús. Allí nació el Centro de Formación Sindical (CeProSin), que tuvo por objetivo formar a “jóvenes dirigentes sindicales de los cuadros medios, por encima de las divisiones coyunturales del movimiento obrero organizado”.⁶

Los informes del CeProSin y las intervenciones de algunos de sus referentes dieron cuenta de un acelerado proceso de acercamiento hacia los dirigentes sindicales, que pudieron incluso encontrar en el CIAS un espacio de reunión cuando la represión ponía en peligro cualquier tipo de encuentro.⁷

De todas formas, debe subrayarse que durante los últimos años de la dictadura, los acercamientos a los dirigentes sindicales fueron el resultado de iniciativas individuales de obispos que se destacaron por su compromiso social. Dada su insistencia, se obtuvo el respaldo institucional de la CEA para fijar una posición frente a los proyectos del gobierno militar, pero ello no significó que otras iniciativas en la misma dirección encontrarán apoyo entusiasta o que se generalizaran en todas las diócesis.

El final de la dictadura y el primer tramo del gobierno democrático

En 1981, en el documento *Iglesia y Comunidad Nacional* los obispos subrayaron que no podía haber “democracia política verdadera y estable sin justicia social”.⁸

Alejado de cualquier voluntarismo democrático, el Episcopado afirmaba que la recuperación de las instituciones democráticas, deseada y necesaria, no solucionaría los problemas argentinos si no iba acompañada por cambios socioeconómicos significativos de urgente resolución en un marco de armonía social. A tono con ello, en tiempos del derrumbe de la dictadura los obispos asumieron el rol de artífices del diálogo para que los dirigentes gubernamentales, político-partidarios, sindicales y empresariales, reconstruyeran esa armonía social. Los documentos que la CEA dio a conocer en esos tiempos, ofrecieron la imagen de un ordenamiento social amenazado por un conjunto de situaciones que era necesario resolver para recuperar el equilibrio perdido. El escenario planteado suponía la exclusión de la violencia y la búsqueda de los cambios sociales a través del diálogo y de las estructuras naturales de la sociedad que permiten la

⁶ Luzzi, Jacinto, “El sindicalismo argentino hace camino al andar” en *CIAS, Revista del Centro de Investigaciones y Acción Social*, N° 303, junio de 1981, p. 24

⁷ Entrevista a Carlos Custer, realizada por el autor, octubre de 2010.

⁸ CEA, *Iglesia y comunidad nacional*, Buenos Aires, Claretiana, 1981, p. 47.

participación, o sea “los partidos políticos, los sindicatos, las asociaciones de profesionales y empresarios, las cooperativas, así como otras instituciones intermedias de variado tipo, que expresan la dinámica social de nuestra comunidad”.⁹

De todas maneras, el panorama descrito por los obispos no era el más alentador:

“La situación económico social del país ante la que se encuentra el Estado es muy grave, tanto en sus aspectos técnicos cuanto en sus implicancias morales (...) Grave proceso inflacionario, cargas impositivas excesivas, evasión de leyes tributarias, caída en la justa participación de los salarios en el ingreso nacional, deterioro de la inversión productiva, evasión de divisas al exterior; "coimas" para la obtención de licitaciones o de créditos; indexación indiscriminada y desproporcionada; intereses bancarios usurarios, intermediación estéril y costosa, obras públicas suntuosas, hablan de un desorden e injusticia en la organización de los medios de producción y de los servicios, a nivel estatal y privado, de tal magnitud que está muy seriamente en peligro la paz social.”¹⁰

En sintonía con la preocupación que despertaban los potenciales efectos desestabilizadores de la crisis económica, el martes 30 de agosto de 1983 el EPS informó sobre una serie de reuniones que había auspiciado con actores políticos, sindicales, empresariales y funcionarios gubernamentales con el fin de encontrar soluciones a la situación. Era el cierre del “servicio de reconciliación” a través del cual los obispos prestaron un “ámbito espiritual para el diálogo”.¹¹

En los meses previos al inicio del “servicio de reconciliación”, el presidente del EPS, Justo Laguna, definió los parámetros en los cuales se desenvolvería esta labor reconciliadora: “no somos participantes de la mesa de discusión (...) ofrecemos un ámbito espiritual para que los argentinos se reconcilien”, afirmó, ya que la Iglesia “no puede bajar a la palestra política y sólo puede iluminar desde la fe”.¹² Una vez más la

⁹ CEA, “Principios de orientación cívica para los cristianos” (1982) en *Documentos del Episcopado Argentino, 1982-1983*. Buenos Aires, Oficina del Libro, 1988, p. 59.

¹⁰ CEA, “Dios, el hombre y la conciencia” (1983) en *Boletín de la Arquidiócesis de La Plata*. N° 7-8, julio agosto de 1983, p. 147

¹¹ Equipo Episcopal de Pastoral Social “Dialogo y reconciliación de los argentinos” (1983) en *Documentos del Episcopado Argentino, 1982-1983...*, op. cit., p. 161.

¹² *Esquiú Color*, N° 1180, 5/12/1982, p. 3.

institución se representaba ajena al conflicto político, a los intereses parciales, y buscaba ocupar su lugar por encima de los demás actores a los que pretendía orientar.¹³

Esta lógica de funcionamiento de la institución primó en las relaciones establecidas con el sindicalismo. A mediados de 1983, el EPS intensificó su labor a través de una ronda de reuniones con las dirigencias de la CGT, por entonces dividida en dos centrales encolumnadas tras las figuras de Saúl Ubaldini y Jorge Triaca.

Como resultado de los encuentros con el EPS, los dirigentes sindicales presentaron de manera conjunta una “propuesta de recuperación socioeconómica de coyuntura y emergencia” en la que reclamaron la actualización de los salarios de acuerdo al costo de la canasta familiar, la actualización de subsidios familiares, la reducción de tasas de interés, subsidios a los productos esenciales de la canasta familiar, créditos selectivos y limitaciones a los aumentos tarifarios en los servicios. Además solicitaron la normalización sindical y la devolución de la CGT y de las obras sociales.¹⁴ La propuesta mereció un fuerte respaldo de parte de los obispos del EPS, quienes declararon que la compartían y hacían suya. A la vez, la darían a conocer a la Multipartidaria y a los sectores empresarios, “demandando su apoyo para requerir al gobierno nacional su inmediata implementación y puesta en vigencia”¹⁵

Con este aval, el Episcopado caminó por la delgada línea que los separaba de las opciones políticas concretas y, al tiempo que reforzó su identificación con la central obrera, puso en riesgo la imagen de neutralidad que la CEA buscaba asumir. Para algunos de los actores que observaban atentamente estas gestiones, como el gobierno militar o los partidos políticos, los obispos habían dado un paso demasiado comprometido y no tardaron en señalarlo. En respuesta, Laguna aclaró que la Iglesia sólo hacía suya “la causa de la justicia social, pero no un determinado plan de medidas concretas porque las cuestiones técnicas no entran en su misión”. Monseñor Rodolfo Bufano, también miembro del EPS, aseguró que las propuestas entregadas “no dicen más que lo mínimo y elemental para solucionar un poco el problema de tantos

¹³ Esto remite a las formas en que la Iglesia enmascara sus ambiciones de poder tal como lo señalaron Bourdieu y Saint Martín. Bourdieu, Pierre y Saint Martín, Monique, “La Sagrada Familia. El Episcopado francés en el campo del poder” en Bourdieu, Pierre *La eficacia simbólica. Religión y política*. Buenos Aires, Biblos, 2009, p. 151.

¹⁴ *Clarín*, 12/7/1983, p. 3.

¹⁵ *Clarín*, 8/7/1983, p. 3

trabajadores” por lo que habían decidido avalarlas.¹⁶ Pese a ello, para el diario *Clarín* no había dudas: se trataba de una propuesta eclesiástico-sindical.¹⁷

Los obispos se encargaron de presentar la propuesta al gobierno y a los partidos de la Multipartidaria, quienes la recibieron sin mucho entusiasmo. En cierta forma, este “servicio de reconciliación” fue un canal de expresión de las diferencias que separaban a las dirigencias políticas, empresariales y sindicales. Finalmente, el Episcopado terminó presentando al gobierno una variedad de propuestas elaboradas por los partidos políticos (aquí el MID tomó distancia del resto de los partidos de la Multipartidaria) y por los grupos empresarios.

Con el triunfo de Raúl Alfonsín en las elecciones de octubre de 1983 se abrió un período de incertidumbre para el movimiento obrero organizado. Nada hacía pensar que los sindicatos pudieran recuperar con facilidad el protagonismo que habían disfrutado con anterioridad al golpe de estado de 1976. El nuevo gobierno se nutrió de un discurso rupturista sustentado en una crítica a la configuración política que guardaba un amplio espectro de participación a los dirigentes sindicales –que sintetizó denunciando un “pacto sindical-militar”- y defendió la necesidad de depurar al sistema político de las intervenciones corporativas que lo había caracterizado en las décadas anteriores y había llegado a su máxima expresión durante el último gobierno peronista.

En ese marco, el nuevo gobierno anunció el proyecto de normalización sindical conocido como proyecto “Mucci”, en alusión al primer ministro de Trabajo del gobierno radical, Antonio Mucci. Frente a la irregular situación en que se encontraban los gremios, el gobierno no sólo propuso ordenarlos, sino también “modificar los criterios y métodos de selección de las direcciones vigentes en los estatutos gremiales”.¹⁸ La propuesta representó el espíritu democratizador que primaba en aquel momento, sin ser ajena, por ello, a un pensado cálculo político según el cual la consolidación del gobierno radical dependía de su capacidad y velocidad para doblegar a las corporaciones. La propuesta de normalización garantizaba la participación de las minorías en la conducción, el voto obligatorio y secreto, el mandato de tres años con una única posibilidad de reelección y, además, establecía que para el proceso

¹⁶ *Clarín*, 12/7/1983, p. 2.

¹⁷ *Clarín*, 9/7/1983, p. 8 y *Clarín*, 11/7/1983, p. 8.

¹⁸ Palomino, Héctor, “Los sindicatos bajo el gobierno constitucional: de la confrontación a la alianza” en Nun, J. y Portantiero, J. C. (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*. Buenos Aires, Puntosur, 1987, p. 179.

normalizador no era necesario el requisito de la antigüedad en la actividad de los candidatos.¹⁹

La jerarquía eclesiástica respaldó la posición sindical a través de un comunicado que recuperó definiciones realizadas en 1979 frente a la ley sancionada por los militares y afirmó que “los trabajadores tienen el derecho de conferir a sus asociaciones profesionales la estructura y organización que juzgaren más idóneas”. Agregaba que debía dejarse que los trabajadores decidieran libremente las características de dichas asociaciones “incluyendo la opción por la pluralidad o la unidad sindical, sin imposiciones privadas u oficiales”.²⁰

En medio de una creciente confrontación entre la CGT y el gobierno, el “proyecto Mucci” fue aprobado en la Cámara de Diputados en febrero de 1984 pero no en el Senado.²¹ La derrota gubernamental determinó la suerte del ministro quien renunció en abril de 1984 y fue reemplazado por Juan Manuel Casella.

El cambio de figuras en el ministerio de Trabajo constituyó un gesto contundente para la distensión del enfrentamiento gobierno-CGT y abrió un espacio para que nuevamente el EPS recuperara la posición de intermediario asumida en el último tramo de la dictadura. El ejemplo más claro de la nueva situación fue la reunión que tuvieron los ministros de Economía Bernardo Grispum y el de Trabajo, Juan Manuel Casella, con los secretarios generales de la CGT unificada, Saúl Ubaldini, Osvaldo Borda, Alberto Triaca y Ramón Baldassini.²² El encuentro se realizó en una parroquia de Sarandí a cargo del sacerdote Antonio Maggi, asesor espiritual de Ubaldini. Asistió también monseñor Rodolfo Bufano. A partir de este encuentro se acordó una rápida normalización ya que, como sostuvo Bufano, “ambas partes [gobierno y sindicatos] se han dado cuenta que se deben lograr acuerdos básicos y dejar para más adelante la discusión de otros temas relacionados con la ley gremial”.²³

¹⁹ Senén González, Santiago y Bosoer, Fabián, *Breve Historia del sindicalismo argentino*. Buenos Aires, El Ateneo, 2009, p. 233.

²⁰ *Clarín*, 2/1/1984, p. 3 y *Boletín AICA*, N° 1411, 5/1/1984, p. 2.

²¹ *La Nación*, 12/2/1984, p. 1 y 16/3/1984, p. 10. Para un análisis del proceso de normalización sindical ver: Palomino, Hector, “Los sindicatos bajo el gobierno constitucional: de la confrontación a la alianza” en Nun, J. y Portantiero, J. C. (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina...*, op. cit., Sangrilli, Carla “La normalización sindical entre las postrimerías de la dictadura y los comienzos de la democracia (1982-1984)” *VII Jornadas del Investigadores del Departamento de Historia*, UNMDP, Mar del Plata, 20 y 21/11/2008

²² *La Nación*, 7/5/1984, p. 5 y *Clarín*, 8/5/1984, p. 2.

²³ *Clarín*, 17/5/1984, p. 8.

La nueva situación despertó expectativas positivas en los obispos. En un contexto de enfrentamientos irreductibles y de polarización exacerbada, se dificulta su intervención y se pone en peligro su autorrepresentación como actor que permanecía por encima de los conflictos ya que cualquier paso en ese escenario podía ser interpretado en la lógica del enfrentamiento político que tanto evitaban los prelados.²⁴

La CEA frente a la situación socioeconómica y los problemas laborales.

En el documento “Construyamos todos la Nación”,²⁵ de noviembre de 1984, los obispos reconocieron la existencia de una situación económica preocupante, relacionada “con el contexto mundial, con el crítico endeudamiento, con las secuelas de la especulación, de la guerra, del consumismo y de la endémica inflación”²⁶ e insistieron en que la consolidación del sistema democrático dependía de la superación de estos desafíos.²⁷

La crisis económica amenazaba la armonía social que el Episcopado buscaba preservar. En razón de ello, éste sugería que los reclamos de los sectores afectados fueran mantenidos dentro de los acotados límites de la “prudencia y la sabiduría” para evitar “desequilibrios mayores, la agudización de conflictos y la agitación social”.²⁸ El Episcopado asumió a lo largo del mandato de Alfonsín una posición cautelosa frente a las recurrentes medidas de fuerza lanzadas por los sindicatos, para no comprometer su neutralidad. Incluso Bufano, el obispo más cercano a la central obrera, reconoció que, si bien la proliferación de huelgas se debía a la existencia de causas concretas que las producían también, podía existir “alguna política mezclada y algunas huelgas para conseguir un interés político”.²⁹

En la primera Asamblea Plenaria del año 1985, los obispos realizaron una descripción mucho más cruda de la situación económica. A propósito de ella sostuvieron:

²⁴ Este peligro, siempre latente, fue evidente en 1986 cuando, discusión del divorcio mediante, fue la misma Iglesia la que asumió la defensa de sus prerrogativas en un enfrentamiento con el gobierno y varios obispos tuvieron la tentación de acercarse al sindicalismo en clave de alianza antigubernamental.

²⁵ CEA, “Construyamos todos la nación” en CEA, *Documentos del Episcopado Argentino, 1984*. Buenos Aires, Oficina del Libro, Buenos Aires, 1989.

²⁶ *Ibíd.*, p. 210.

²⁷ *Ibíd.*, p. 211

²⁸ *Ibíd.*

²⁹ *Esquiú Color*, N° 1269, 19/8/1984, p. 17.

“Nos preocupa hondamente, como a todos nuestros conciudadanos, la crisis económica del país, probablemente la más grave en nuestra historia: recesión con inflación sostenida, detrimento del salario real, desempleo, persistencia de situaciones de extrema pobreza y disminución de la riqueza nacional. Continúa la especulación esterilizante. Esto es una inmoralidad que desvirtúa la economía, desvinculándola de su fin natural, porque impide un verdadero proceso productivo. En ese marco, la inflación desordenada es, a la vez, causa y efecto de un sistema económico, porque desvaloriza el trabajo, causa fundamental de la riqueza de un pueblo, y envilece la moneda de forma que, ni el trabajador ni el productor son remunerados conforme a sus esfuerzos. Tal inflación es un robo que corrompe las relaciones entre los hombres.”³⁰

Además subrayaron que no podían aceptar una economía que “no se fundamente en la dignidad del trabajo” tal como ocurría en un contexto en el que hacía su aparición el “desempleo y [donde] muchos trabajadores queden de hecho sometidos a interminables y agotadoras jornadas, en uno o más puestos de trabajo indebidamente remunerados.” En la óptica episcopal, la superación de estas situaciones sólo se lograría con “la solidaridad de todos los argentinos y la aplicación de la más estricta justicia social”.³¹

La gestión de Ítalo Di Stefano en el contexto del Plan Austral, 1985-1987

La acción del EPS durante los dos años comprendidos entre la puesta en práctica del Plan Austral y su fracaso se caracterizó por un corrimiento de las posturas equidistantes asumidas hasta entonces y por un acercamiento al sector sindical. El correlato de esta reorientación fue el aumento de las tensiones entre la cúpula eclesiástica y el gobierno radical.

Luego de la primera Asamblea Plenaria de 1985, el EPS fue renovado. El principal cambio se dio con el nombramiento de Ítalo Di Stefano en la presidencia. No era un dato menor. Mientras Laguna fue, según sus propias palabras, uno de los pocos obispos que mantuvo cierta simpatía por el gobierno y una relación fluida con el presidente Alfonsín, Di Stefano asumió desde el inicio de la gestión radical una posición sumamente crítica, en particular frente a los proyectos culturales y educativos que el

³⁰ CEA, “Consolidar la patria en la libertad y la justicia” en CEA, *Documentos del Episcopado Argentino, 1985*. Buenos Aires, Oficina del Libro, 1989, p. 48.

³¹ *Ibíd.*, p. 49.

gobierno presentó a lo largo de 1984. Por lo tanto, la elección de este obispo reflejó un endurecimiento de las actitudes de Episcopado frente al gobierno que excedía la cuestión sindical.

La exteriorización de las tensiones fue paulatina. El primer mensaje del EPS durante la gestión de Di Stefano, en momentos en que la CGT desarrollaba una serie de movilizaciones que concluyeron en un paro general, reconoció la existencia de una grave situación económica pero instó al mantenimiento del diálogo entre el Estado y las organizaciones sociales, necesario para la paz social y la democracia misma.³²

En el comunicado siguiente, del 6 de junio de 1985, el EPS realizó una evaluación de tono más crítico. Comenzó asegurando que “nuestra situación social sigue siendo difícil; y en muchos aspectos y casos se ha agravado”³³ y luego agregó que “serían ilusorios los resultados de una disciplina económica, sin los principios éticos que contemplan al hombre en su totalidad, como destinatario de la misma”.³⁴

Di Stefano elevó a la condición de víctimas a los obreros y a las empresas que se esforzaban por sobrevivir y conservar las fuentes de trabajo. Resaltó que lo principal era combatir la inflación y que para ello era importante atraer inversiones y recuperar los capitales argentinos para potenciar la producción, aunque se lamentó porque “no existen medidas en ese sentido”.³⁵ Días después, su presencia en el edificio de la CGT cuando este fue recuperado por sus autoridades, constituyó un claro gesto de apoyo a la central obrera.³⁶ Realizó la visita acompañado por el sacerdote Ricardo Maggi quien, además de ser el sacerdote de confianza de Ubaldini, integraba el EPS.³⁷

La llegada de Di Stefano a la presidencia del EPS se produjo casi en paralelo al anuncio de un nuevo plan económico por parte del gobierno nacional. En efecto, el 14 de junio de 1985, el Poder Ejecutivo Nacional presentó el Plan Austral, que consistió básicamente en un programa de estabilización destinado a revertir la escalada inflacionaria que el primer equipo económico encabezado por Bernardo Grinspun había sido incapaz de dominar.³⁸ Intentando cortar las expectativas de inflación que

³² Equipo Episcopal de Pastoral Social, “Preocupante deterioro de la justicia y la paz” en *Documentos del Episcopado Argentino*, 1985..., op. cit., p. 64.

³³ Equipo Episcopal de Pastoral Social, “Los problemas laborales actuales” en *ibíd.*, p. 69.

³⁴ *Ibíd.*, p. 70

³⁵ *Clarín*, 12/6/1985, p. 13.

³⁶ *Clarín*, 18/6/1985, p. 18.

³⁷ *Boletín AICA*, N° 1487, 20/6/1985, p. 4.

³⁸ Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*. Buenos Aires, Ariel, 1998, p. 396.

dominaban las pujas salariales y las definiciones de los precios de los productos, el ministro Sourrouille determinó el congelamiento de precios, de las tarifas de servicios públicos, del tipo de cambio y de los salarios, se contrajeron el gasto y la inversión pública, se aumentaron algunos gravámenes al comercio exterior y se instauró una nueva moneda, el Austral.³⁹

La CEA brindó un apoyo moderado al plan. La Comisión Ejecutiva, “sin entrar en consideraciones sobre la conveniencia de técnicas”, exhortó a

“los dirigentes de los distintos grupos de la comunidad argentina en general, a considerar serenamente las nuevas disposiciones, sólo a la luz de los superiores intereses del País, despojándose por lo mismo en cuanto las limitaciones humanas lo consienten, de toda preocupación exclusivamente partidaria o sectorial y sólo bajo aquella óptica presentar u ofrecer las objeciones que parecieran pertinentes, porque la gravedad de la hora pide la unión de las voluntades y la sincera cooperación en el objetivo común de sacar el País adelante.”⁴⁰

El EPS, por su parte, entendió que las medidas abrían “un respetable marco de confianza y de alivio”.⁴¹ De todas maneras, volvió a afirmar que la lucha contra “la inflación no debe cobrar víctimas inocentes (...) No sólo debe ser vencida la inflación, también deben serlo la desocupación y la inseguridad”.⁴² En esta etapa, el organismo episcopal desarrolló iniciativas para convertirse en articulador de amplias convocatorias a dirigentes sindicales y empresarios. El 23 de julio de 1985 el EPS recibió a miembros de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE), al dirigente del Sindicato de Luz y Fuerza, Carlos Alderete, y a representantes de Confederaciones Rurales Argentinas. Al finalizar la reunión se dio a conocer un comunicado en el que, luego de repasar las enseñanzas de la encíclica papal *Laborem Exercens* en lo referido a la centralidad del trabajo en la realización del hombre y la necesidad de un justo salario, se reclamó “a todos los sectores, empresarios, trabajadores y Estado a comprometerse en la solución solidaria de los graves problemas que se presentan, reactivando la producción

³⁹ *Ibíd.*, p. 398-399, Cf, además, Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín, *Hecho en Argentina. Industria y económica, 1976-2007*. Buenos Aires, Siglo XXI, p. 83.

⁴⁰ Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal Argentina, “Exhortación a los dirigentes de la comunidad argentina” en CEA, *Documentos del Episcopado Argentino, 1985...*, op. cit., pp. 73-74.

⁴¹ *Clarín*, 7/7/1985, p. 8 y *Boletín AICA*, N° 1490, 11/7/1985, pp. 10 y 11.

⁴² *Ibíd.*

en toda su capacidad y distribuyéndola con justicia social”.⁴³ También participaron en esa reunión representantes de la *Fundación Laborem Exercens* que se convirtió a lo largo de 1985 en la principal iniciativa de integración entre sindicalistas y empresarios con el auspicio de los obispos.

La Fundación Laborem Exercens

A principios de 1985 se comenzaron a conocer noticias sobre una fundación tutelada por el arzobispo de Córdoba, Raúl Primatesta, cuyo nombre hacía honor a la encíclica *Laborem Exercens* dada a conocer por Juan Pablo II en 1981. Monseñor Di Stefano, que ya había sido elegido presidente del EPS, se comprometió con la Fundación, hecho importante que se sumó a la elección de Primastesta como presidente de la CEA y redundó en un mayor respaldo institucional.

Consecuente con los principios conciliadores entre trabajo y capital de la encíclica, la Fundación, estaba integrada por empresarios -en particular los agrupados en ACDE- y sindicalistas.⁴⁴ En los meses que siguieron a su aparición pública, las actividades desarrolladas se centraron en encuentros y retiros espirituales realizados en Córdoba bajo la orientación de los obispos.

En mayo de 1985 una delegación integrada por los dirigentes sindicales Jorge Triaca, Raúl Amin, Armando Cavallieri, Delfor Giménez y Osvaldo Borda fue recibida por la Asamblea Plenaria de la CEA.⁴⁵ Para Triaca, el encuentro expresaba la “interrelación entre la máxima jerarquía eclesiástica y la CGT”.⁴⁶

El 12 de julio de 1985 Primatesta y Di Stefano recibieron en el convento “El Divino amor” de Córdoba a un grupo de sindicalistas. Fue una jornada de “convivencia, sinceramiento y creatividad” en la que participaron Triaca, Borda, Delfor Giménez y la cúpula de la CGT regional de la provincia.⁴⁷ Los sindicalistas solicitaron a los obispos la colaboración de la Iglesia para luchar contra el avance del liberalismo “materialista y apátrida” y contra el marxismo “que nada tiene que ver con nuestros pensamientos”.⁴⁸ De las charlas sostenidas se llegó a la conclusión de que ninguno “de los dos ofrece

⁴³ *Boletín AICA*, N° 1492, 25/7/1985, p. 18.

⁴⁴ *Clarín*, 27/4/1985, p. 13.

⁴⁵ *Clarín* 9/5/1985, pp. 8 y 9.

⁴⁶ *Ibíd.*

⁴⁷ *Boletín AICA*, N° 1498, 5/9/1985, p. 2.

⁴⁸ *Boletín AICA*, N° 1498, 5/9/1985, p. 3.

perspectivas para una esperanza del mundo obrero, porque esa concepción reduce al hombre a una simple capacidad de producción o de consumismo”.⁴⁹

Al final, una acogedora frase de Di Stefano, llevó tranquilidad a los sindicalistas. Sostuvo que los trabajadores no tenían que ser dramáticos ni pesimistas, pero sí realistas: “realistas porque hay problemas y realistas también porque Dios no nos va a abandonar, Dios también tiene que estar en esta patriada”.⁵⁰ Esta frase fue repetida por Ubaldini en el discurso pronunciado el 29 de agosto en el acto realizado en Buenos Aires como cierre del paro y la movilización de ese día.

La distancia frente al liberalismo y el marxismo fue consecuente con una praxis destinada a ubicar el mensaje cristiano como eje de la conciliación entre el capital y el trabajo. Por ello, luego del encuentro con los trabajadores, Raúl Primatesta, Estanislao Karlic e Ítalo Di Stefano recibieron a un grupo de empresarios en otra jornada de reflexión del mes de octubre. Participaron de este retiro representantes de los llamados “capitanes de la industria”, dirigentes de la Cámara Argentina de la Mediana Empresa (CAME), de la Fundación Mediterránea, de ACDE, de Confederaciones Rurales Argentinas, de la Unión Industrial de Córdoba y de la Asociación de Industriales de la provincia de Buenos Aires.⁵¹ Los empresarios coincidieron con los obispos en la legitimidad del lucro en la doctrina católica y en la necesidad de modificar el funcionamiento del Estado. A la vez, se llevaron como mensaje la necesidad de acercarse a los sectores obreros como aliados de la producción y de desarrollar una justa distribución de las ganancias.

También en octubre, el EPS auspició una amplia reunión con dirigentes empresariales y sindicalistas que, si bien no fue realizada en el marco de la *Fundación Laborem Exercens*, se inscribió en la línea trazada por ésta y expuso la preocupación del Episcopado por generar espacios de interacción con el objetivo de afianzar su presencia y vincular a las dirigencias. Participó una veintena de instituciones de variada índole: hubo representantes del Sindicato de Obreros de la Construcción, de Confederaciones Rurales Argentinas, del Movimiento Nacional de la Mujer Sindical, de la Federación Argentina de Trabajadores Universitarios, de ACDE, de la Asociación Trabajadores del Estado, de la Confederación Económica Argentina, y de CAME, entre otras. Di Stefano

⁴⁹ *Clarín* 13/7/1985, p. 4.

⁵⁰ *Ibíd.*

⁵¹ *Clarín*, 11/10/1985, p. 24 y *Boletín AICA*, N° 1503, 10/10/1985, p. 2.

aclaró que no se buscaba dar forma a un espacio político, sino ayudar a encontrar caminos de esperanza.⁵² Sin embargo, su mensaje final hizo evidente el carácter político de estas iniciativas, como así también los caminos elegidos por una CEA renuente a la conformación de agrupaciones sindicales católicas pero no a la cristianización de las dirigencias de las ya existentes:

“Queremos ayudar a los laicos para que ocupen el lugar que les corresponde, ya que si no lo hacen, otros ocuparán esos espacios con valores que quizás son diferentes u opuestos a los de ellos. Los laicos no pueden estar ausentes de la economía, de la educación, de la cultura, porque sino otros aprovechan y nos deterioran la familia, la juventud, la economía, hasta abarcar toda la sociedad argentina”.⁵³

Antes de finalizar 1985, Primatesta, Karlic y Di Stefano fueron los anfitriones de un nuevo “Encuentro de Convivencia” del que tomaron parte nuevamente empresarios y sindicalistas.⁵⁴ El comunicado del encuentro insistió en la necesidad de reconciliar a ambos sectores con la esperanza de superar conflictos y “comenzar a recorrer el camino de la reconstrucción Nacional”⁵⁵

Los vínculos con el sindicalismo en tiempos de la discusión del divorcio

Además de las relaciones establecidas a través de iniciativas como la *Fundación Laborem Exercens*, los contactos de la cúpula sindical con la CGT siguieron siendo fluidos en este período. Sin embargo, el EPS presidido por Di Stefano estuvo lejos de convocar a la mesa de diálogo a los funcionarios gubernamentales, tal como había ocurrido en los primeros meses del gobierno radical. Los encuentros que se produjeron durante la segunda mitad de 1985 generalmente fueron reuniones donde la CGT comunicaba reclamos puntuales o solicitaba respaldo para algún documento. La posibilidad de que los obispos se convirtieran en artífices de encuentros se hizo aún más difícil cuando los vínculos entre el gobierno y la CEA ingresaron en un carril cada vez más conflictivo a raíz del debate por el divorcio vincular.

⁵² *Boletín AICA*, N° 1504, 17/10/1985, p. 2.

⁵³ *Ibíd.*, p. 3.

⁵⁴ *Boletín AICA*, N° 1514, 26/12/1985, p. 25

⁵⁵ *Clarín*, 21/12/1985, p. 2.

La fluidez de los lazos entre obispos y sindicalistas dieron crédito a las especulaciones sobre una posible adhesión de la central obrera a la campaña contra el divorcio. Sin embargo, los dirigentes sindicales no asumieron una posición uniforme sobre el tema.

En la primera Asamblea Plenaria de 1986 monseñor Iriarte, vicepresidente de la CEA, y Emilio Ogñenovich, presidente de la Comisión Episcopal para la Familia, recibieron a Triaca, quien meses antes se había convertido en diputado nacional por la corriente interna del peronismo liderada por Herminio Iglesias, y a Vicente Leonidas Saadi, senador justicialista por Catamarca y presidente del PJ.⁵⁶ Si bien el contenido de la reunión no trascendió, la presencia de Ogñenovich hizo suponer que el tema del divorcio formó parte del temario. Esta presunción se confirmó más tarde cuando ambos parlamentarios brindaron un cerrado apoyo a la posición de la Iglesia dentro del Congreso.

Distinta fue la actitud asumida por Ubaldini quien a pesar de su ferviente catolicismo entendió que había “otras situaciones que deben privilegiar la actitud del movimiento obrero”.⁵⁷

Cuando la CEA decidió trasladar el conflicto sobre la sanción de la ley del divorcio a las calles y auspició movilizaciones en distintas ciudades, nuevamente emergieron las diferencias entre los sindicalistas. El consejo directivo de la CGT, a partir de una moción de Ubaldini, resolvió dejar en libertad de acción a los gremios y a los trabajadores para que decidieran su participación en los actos contra el divorcio. Ubaldini aseguró que la CGT “no ha tomado posición como organización, porque eso debe quedar sujeto al pensamiento de cada trabajador”.⁵⁸

Algunos sindicatos adhirieron a la movilización, entre ellos el que agrupaba a los trabajadores de la industria plástica que respondía al liderazgo de Triaca y a través de un comunicado sostuvo:

“solamente los intereses mezquinos pueden estar en contra de la familia; la pornografía insultante, la drogadicción, la violación al ser humano y a su justa vida en dignidad, son el terrible poder de los pocos sobre las libertades constitucionales de la democracia de las mayorías”.⁵⁹

⁵⁶ *Clarín*, 20/4/1986, p. 2.

⁵⁷ *Clarín*, 29/6/1986, p. 4.

⁵⁸ *Clarín*, 1/7/1986, p. 7.

⁵⁹ *Ibíd.*

Triaca respaldó estas palabras con su presencia en la marcha contra el divorcio realizada en Buenos Aires. El compromiso del dirigente sindical le dio su justa dimensión a la visita que había realizado al Episcopado durante la Asamblea Plenaria.⁶⁰ Además, en las ciudades de Córdoba, San Miguel de Tucumán y San Juan, fueron las regionales de la CGT y no sólo algunos gremios, las que, contrariando lo decidido por el Consejo directivo nacional, adhirieron y participaron de la marcha.⁶¹ Estas circunstancias podrían indicar, que el clivaje no respondió únicamente a la posición asumida por los dirigentes a nivel nacional, sino también por la configuración relacional que los vinculaba a la Iglesia en las diferentes regiones.

Cuando el debate en torno a la sanción del divorcio alcanzó picos de tensión a raíz de los duros cruces entre algunos obispos y dirigentes políticos y gubernamentales, la presencia de Di Stefano en el EPS tensó la situación. Sus declaraciones adquirieron mayor beligerancia y tendieron a asociar los problemas económicos y el debate por el divorcio. Di Stefano sentenció en una homilía que “detrás de toda la cortina divorcista existe una voluntad de postergar o relegar a segundo término la solución de los problemas reales de la inmensa mayoría de las familias argentinas”.⁶² Esto se sumó a una larga saga de declaraciones a través de las cuales desde 1984 denunció la politización de las universidades por la acción de Franja Morada, la infiltración marxista en la educación, los planes de transformación cultural elaborados en las usinas de la Secretaría de Cultura de la Nación, etc.

Cuando a finales de 1986 la campaña contra el divorcio dejó entrever las diferencias que anidaban en el interior de la CEA, se produjo un giro significativo en las relaciones con el gobierno nacional. Los niveles de confrontación descendieron notablemente y así se mantuvieron durante buena parte de 1987. El gobierno, el peronismo ortodoxo y los obispos coincidieron en la postergación de la sanción de la ley de divorcio y se comprometieron a organizar la visita del Papa. En este contexto se inscribió una de las jugadas más riesgosas del gobierno: la designación del sindicalista Carlos Alderete de Luz y Fuerza como nuevo ministro de Trabajo. Algunos autores han visto en esta designación la influencia del cardenal Primatesta, quien respaldó a la agrupación sindical conocida como el “Grupo de los 15” de la que el nuevo ministro participaba

⁶⁰ Clarín, 6/7/1986, p. 3.

⁶¹ *Boletín AICA*, N° 1542, 10/7/1986, pp. 3 a 7.

⁶² *Boletín AICA*, N° 1549, 28/8/1986, p. 8.

junto a varios sindicalistas comprometidos con la *Fundación Laborem Exercens*.⁶³ Otros autores han sugerido que la designación no fue ajena a las estrategias ideadas por el dirigente radical y operador *alfonsinista* Enrique Nosiglia para fracturar al sindicalismo opositor.⁶⁴ De cualquier forma, no son hipótesis excluyentes y es probable que estas circunstancias hayan confluído en la designación de un dirigente con fluidos contactos con hombres de la Iglesia, que participó previamente de reuniones convocadas por el EPS e incluso asistió como expositor a las Semana Social que aquel organizó en 1986.

Como se afirmó en el párrafo anterior, a comienzos de 1987, la CEA dedicó todos sus esfuerzos a la organización de la visita de Juan Pablo II que se concretó en abril. Se trató de una ocasión propicia para reafirmar el perfil conciliador que la Iglesia buscaba asumir en el contexto político argentino. El encuentro del Papa con los trabajadores y con los principales dirigente sindicales se llevó a cabo el 10 de abril de 1987 y un día después fue el turno de los empresarios. Fueron presentados como una continuidad de los retiros espirituales de la *Fundación Laborem Exercens*.

Los mensajes del Papa reafirmaron ese espíritu conciliador. Al encontrarse con los trabajadores rechazó claramente la lucha de clases y alertó contra la excesiva politización al sostener que no “podéis aceptar que los mayores esfuerzos del asociacionismo laboral se esterilicen en inoperantes litigios políticos, que en ocasiones instrumentalizan vuestros anhelos con el fin de alcanzar posiciones ventajosas”.⁶⁵ Respaldó a los sindicatos y reafirmó que no eran órganos meramente reivindicativos y se opuso a “un conformismo reductor que no se proponga más objetivos para el asociacionismo laboral que la remuneración monetaria y la ampliación del tiempo libre”.⁶⁶

Cuando al día siguiente se encontró con los empresarios se distanció de las concepciones liberales de la propiedad privada y se refirió al empresariado como “administrador” de los “recursos naturales y los frutos del trabajo de quienes os han

⁶³ Ezcurra, Ana María, *Iglesia y transición democrática...*, op. cit., p. 135.

⁶⁴ Persello, Ana Virginia, *Historia del radicalismo*. Buenos Aires, Edhasa, 2007, p. 303.

⁶⁵ Juan Pablo II, “La evangelización del mundo del trabajo” en Secretariado Permanente para la Familia, *Nos habla Juan Pablo II*. Buenos Aires, CEA, 1987.

⁶⁶ *Ibíd.*

precedido”.⁶⁷ El Papa recordó la necesidad de ejercer la “justicia distributiva”, la solidaridad, y la humanización de las relaciones laborales.

En la segunda Asamblea Plenaria de 1987 se renovaron las autoridades de la CEA y de sus diferentes comisiones. Di Stefano dejó su cargo de presidente en el EPS. Con su reemplazo, con los cambios operados en la política nacional a partir de la derrota del oficialismo en las elecciones de septiembre y con los inequívocos signos de agotamiento del Plan Austral, se cerró una etapa durante la cual el Episcopado desarrolló fluidos contactos con los sindicalistas pero perdió su posición de intermediación por sobre el conflicto político.

La crisis económica y el final del gobierno de Alfonsín, 1987-1989

La elección de monseñor Laguna como presidente del EPS anunció un cambio en las relaciones con el gobierno nacional. La mayor afinidad del obispo de Morón con las autoridades nacionales, permitió imaginar nuevas instancias de intermediación que, al igual que las generadas en 1984, abrieran espacios de diálogo entre el sindicalismo y el gobierno nacional.

Sin embargo, las posibilidades de intermediación del EPS cayeron ante una realidad económica que se impuso a cualquier intención. Por un lado, luego de la derrota electoral del radicalismo en septiembre de 1987, el gobierno abandonó la política de acercamiento a algunos sectores sindicales que había sido coronada con la designación de Alderete. Las tensiones con el movimiento obrero no menguaron lo suficiente para justificar tan arriesgada jugada, que además hirió de muerte el ya desahuciado discurso anticorporativo del *alfosinismo*. Por otro, los obispos no encontraron demasiados incentivos para auspiciar el diálogo con un gobierno aislado, jaqueado por una multiplicidad de frentes opositores y que ya ni siquiera retenía un apoyo social destacado. En otras palabras, cualquier especulación política indicaba que criticar al gobierno no tendría en lo inmediato costo alguno sobre la pretendida neutralidad de la Iglesia. Consecuente con esta situación, las diatribas de los obispos contra la

⁶⁷ Juan Pablo II “Discurso a los empresarios” en Secretariado Permanente para la Familia, *Nos habla Juan Pablo II...*, op. cit.

administración radical se generalizaron y terminaron marcando el punto de mayor confrontación en las relaciones político-eclesiásticas.

Los prelados intervinieron en el caótico contexto político y económico que acompañó a la última etapa de gestión radical siguiendo una idea que estuvo en el horizonte de la CEA desde las vísperas del retorno democrático: la estabilidad institucional no dependía únicamente de la reafirmación de un conjunto de valores asociados a la convivencia democrática, sino también de la reversión de las situaciones desfavorables en las que se encontraba una parte importante de la población. La crisis hiperinflacionaria y sus devastadoras consecuencias confirmaron a los obispos en esa idea que, desde mediados de 1988, articuló una crítica explícita a la recurrente tendencia de los candidatos y funcionarios radicales a presentarse como los garantes de la estabilidad democrática.

En un principio, el cambio en la presidencia del EPS se reflejó en las iniciativas de intermediación que la CEA llevó a cabo frente a la agudización de la crisis económica y los reclamos del sindicalismo. Ante nuevas tensiones, que incluyeron un paro de 36 horas, Laguna y Bufano se reunieron con Alfonsín y el sucesor de Alderete en el Ministerio de Trabajo, Ideler Tonelli. Según Primatesta concurren para servir, acercar, “suavizar, poner un poco el hombro e iluminar en todo lo que se puede”. Primatesta agregó “hay necesidad de medidas económicas que los técnicos deberán buscar y descubrir, pero ese trabajo técnico tendrá que ser dirigido por una conciencia de amor y no simplemente de ciencia”.⁶⁸

El rasgo más notable del período fue la profundización de la crisis económica y el deterioro del nivel de ingreso de los trabajadores. La generalización de los reclamos, entre ellos del Episcopado, aisló, aún más, al gobierno. Si en cuestiones como el divorcio, la política cultural o la revisión del pasado, junto a las miradas críticas de ciertos obispos convivieron otras más tolerantes e incluso de apoyo al gobierno, ante la magnitud de la crisis económica prácticamente ningún obispo estuvo dispuesto a respaldar las medidas del oficialismo. En su LVI Asamblea Plenaria, realizada en abril de 1988, la CEA sostuvo que si bien “el sistema democrático ha garantizado la vigencia del estado de derecho, con sus consecuentes libertades [y esto] constituye un bien fundamental que apreciamos en todo su valor”⁶⁹ era inevitable marcar diferentes hechos

⁶⁸ *Clarín*, 22/11/1987, p. 2.

⁶⁹ CEA, “Camino de esperanza” en *AICA DOC* N° 195, suplemento del *Boletín AICA*, N° 1632, 21/4/1988, p.2.

preocupantes, de los cuales “el más urgente es el de la pobreza creciente” agravada por el deterioro salarial en un marco de inflación, desempleo y especulación financiera.⁷⁰

Los obispos, individualmente, sumaron sus voces en lo que apareció como un coro de críticas. Joaquín Piña, obispo de Puerto Iguazú, condenó a los representantes políticos faltos de honradez y corruptos y denunció aspectos superfluos del “gasto público, el lujo de las representaciones oficiales y de los viajes presidenciales y las fiestas”.⁷¹

Igual de contundente fue el mensaje del obispo de Orán, Gerardo Sueldo, quien sostuvo que

“ya va finalizando la época en que sólo bastaba decir que las instituciones del país están vigentes y funcionando. Nos alegramos de esto y lo respaldamos porque fue la Iglesia Católica la primera en reclamar esa normalización en 1981. Pero ahora llega el tiempo en el cual debemos preguntarnos cómo se están manejando esas instituciones y quiénes lo hacen. (...) No se arregla con discursos o buenas intenciones. Es una situación que no se debe callar aun cuando frente a cada reclamo se corra el riesgo de que le llamen ‘desestabilizador’. Tal vez con un poco de ironía podemos decir: ¿desestabilizador de qué?, ya que no es fácil encontrar algo estable. (...) Cuando se trata de salarios (...) sería muy bueno que les llegara también alguna especie de ‘democratización’ y proporcionalidad más justa”.⁷²

El obispo de Quilmes, Jorge Novak, quien había saludado entusiastamente el retorno democrático, expresó en un mensaje radial a mediados de 1988 la desilusión que imponía el contexto social. Según su testimonio “la pobreza va ganando espacios y desalienta la expectativa puesta en un régimen eminentemente participativo”. Luego de señalar las situaciones recurrentes por las que atravesaban las familias pobres concluyó: “nadie dejará por estas situaciones de seguir pronunciándose por el régimen de participación democrática. Pero la democracia ha de demostrar sensibilidad social, promoción de la solidaridad, equitativa distribución de cargas”.⁷³

Si bien algunos obispos entendieron que los problemas que enfrentaba la sociedad podían solucionarse “en la medida en que dejemos que nos iluminen las sabias luces de

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 3.

⁷¹ *Boletín AICA*, N° 1636, 28/4/1988, pp. 18.

⁷² *Boletín AICA*, N° 1637, 5/5/1988, p. 5.

⁷³ *Boletín AICA*, N° 1643, 16/6/1988, p. 17.

los valores espirituales y eternos”,⁷⁴ otros, como Laguna, reconocieron que “no se le pueden pedir abstracciones al hombre común, que piensa primero en sus necesidades más urgentes”.⁷⁵

En oportunidad de la LVII Asamblea Plenaria, los obispos desarrollaron una cruda evaluación sobre la situación del país. El documento *Sólo Dios es el Señor* fue, posiblemente, uno de los más críticos que dio a conocer la CEA desde 1983 y desató una inusual respuesta de parte de Alfonsín. Los preladados resaltaron inicialmente que Dios estaba por sobre todas las cosas y que la crisis argentina tenía una raíz moral,⁷⁶ pues la razón última era el desplazamiento de Dios y su reemplazo por nuevos ídolos:

“La idolatría del dinero hoy en nuestro país conduce a unos pocos al hartazgo insolente y al consumismo asfixiante y a muchos, a coimas y negociados, a prebendas y favores. Al mismo tiempo, se comprueba el escándalo de la pobreza y la miseria de grandes franjas de la población, la desocupación, la pérdida de una verdadera cultura del trabajo”.⁷⁷

Alfonsín respondió el documento en el marco de una visita de la juventud radical en Olivos. Si bien no abandonó el tono protocolar, se refirió a situaciones que implicaban a la Iglesia en ilícitos:

“Yo sé muy bien que la Iglesia lo dice con sentido positivo, porque ella conoce cómo a veces por encima de las direcciones pueden producirse ilícitos; sería solamente un hombre sin honradez el que pueda presumir que todo el proceso del Banco Ambrosiano obedece a la política vaticana”.⁷⁸

También se refirió al escándalo de la pobreza y las contradicciones sociales denunciadas por los obispos. Frente a ello, pidió un análisis de las causas, para responder a los ideales de justicia y evitar los desvíos ideológicos de muchos que, según entendió, “han

⁷⁴ Homilía de monseñor Alemán, obispo de Río Gallegos, citada en *Clarín*, 5/8/1988, p. 18.

⁷⁵ *Clarín*, 13/9/1988, p. 14.

⁷⁶ CEA, “Solo Dios es el Señor” en *Documentos del Episcopado Argentino, 1988*. Buenos Aires, Oficina del libro, p. 77-78.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 78.

⁷⁸ *Clarín*, 31/10/1988, p. 2 y 3 y Boletín AICA, N° 1660, 3/11/1988, pp. 23 a 25.

ido a alimentar la guerrilla en diversos países de América Latina o, por otra parte, a enseñar nazismo en algún seminario”.⁷⁹

Posteriormente, los obispos buscaron bajar el tono de la polémica subrayando que no se habían referido específicamente al gobierno. A pesar de ello, Jorge Novak pareció responder a la reacción gubernamental cuando sostuvo que:

“la promoción de la justicia social, la denuncia de la corrupción y del cohecho en la sociedad requieren de la Iglesia conocimiento de las lacras, que corroen como cáncer a la democracia; libertad evangélica para no ser tildados de cómplices y valor en proclamar el Evangelio, aunque perdamos admiradores interesados y falsos amigos”⁸⁰

Los duros conceptos de Novak, un obispo del que no se podía poner en duda su compromiso democrático, son una muestra del pesimismo que acompañó el final del primer gobierno post dictatorial y del retroceso de un espíritu de época confiado en la capacidad transformadora de la democracia.

A modo de cierre

Los vínculos establecidos por la CEA y los representantes sindicales permiten comprender que entre 1983 y 1989 la Iglesia proyectó su lugar en la configuración política como mediador ajeno a la conflictividad. Su éxito dependió del reconocimiento de los demás actores.

Este rol político y social asumido se vio tensionado en su equilibrio por iniciativas surgidas desde el interior mismo de la institución cuando, por ejemplo, durante el “servicio de reconciliación” el EPS respaldó los reclamos sindicales inclinando el fiel de la balanza hacia el movimiento obrero organizado. En ocasiones como esa, los representantes gubernamentales, políticos y algunos obispos se apresuraron a llamar la atención sobre el desvío que ello significaba con respecto al lugar que la Iglesia debía ocupar. A raíz de estas y otras iniciativas la imagen de neutralidad a través de la cual se representaba el Episcopado fue cuestionada.

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ *Clarín*, 8/11/1988, p. 16.

Estas situaciones remiten también al problema de la autonomía de los obispos frente a la CEA. Se ha subrayado que los cambios en la presidencia del EPS incidieron en las relaciones establecidas entre el Episcopado, el gobierno y los sindicatos. Esto no supone una visión ingenua de las relaciones internas de la institución que implicaría sostener que el perfil asumido por la Iglesia depende únicamente de las personas que ejercen los cargos. Ciertamente Laguna y Di Stefano dieron un perfil particular al EPS, el primero más conciliador y el segundo más combativo frente al gobierno. Pero estos obispos no determinaron las estrategias cambiantes de la CEA. Por el contrario, en la elección de esos hombres es posible observar las fluctuaciones en las orientaciones episcopales. Cuando en 1985 los obispos eligieron como presidente del EPS a un prelado de perfil claramente contrario al oficialismo, eligieron también el carril por donde transitaría la CEA en sus relaciones con el gobierno y con los representantes sindicales.

Una vez que la jerarquía eclesiástica volvió sobre sus pasos y eligió a Justo Laguna para hacerse cargo del EPS, reflejó una búsqueda de distensión y de reposicionamiento como intermediario. Sin embargo, el contexto económico y político, deteriorado en forma acelerada, estrechó sus márgenes de acción dramáticamente en cuanto a mediación en los conflictos sociales se refiere. La “ilusión democrática” que había acompañado la asunción de Alfonsín y con la cual la gran mayoría de los obispos nunca se había mostrado demasiado identificada, era fagocitada en buena medida por la crítica realidad hiperinflacionaria.⁸¹ Durante el último tramo de la gestión radical se hizo evidente, con crudeza, el fracaso de aquella voluntad plasmada en el *slogan* que proclamaba que “con la democracia se come, se cura y se educa”.

⁸¹ *Entrevista a Justo Laguna*, Red de Archivos Orales de la Argentina Contemporánea.